

ABATE PRÉVOST

Historia del caballero Des Grieux y de
MANON LESCAUT

Prólogo de
Elsa Osorio

Traducción del francés y notas de
Mauro Armiño

 Siruela

Tiempo de Clásicos

Advertencia del autor de las
*Memorias de un hombre de calidad*¹

Aunque hubiera podido incluir en mis Memorias las aventuras del caballero Des Grieux, me ha parecido que, por no tener con ellas una relación necesaria, el lector hallaría mayor satisfacción en verlas por separado. Un relato de esa extensión habría interrumpido durante demasiado tiempo el hilo de mi propia historia. Por más lejos que esté de aspirar al rango de escritor exacto, no ignoro que una narración debe ser descargada de las circunstancias que la volverían pesada e incómoda. Es el precepto de Horacio:

*Ut jam nunc dicat jam nunc debentia dici
pleraque differat ac præsens in tempus omittat*².

Ni siquiera se necesita de autoridad tan seria para probar una verdad tan simple, pues el buen sentido es la primera fuente de esa regla.

Si el público ha encontrado algo agradable e interesante en

¹ El autor de estas *Memorias* (1728-1731), calificadas de auténticas, es el ficticio marqués de Renoncour, muerto en 1730, y presentado aquí como el hombre de calidad; a él adjudica el verdadero autor de la novela, el abate Prévost, sus propias reflexiones literarias.

² «Ha de decirse enseguida lo que debe ser dicho enseguida, y reservarse y dejar de lado muchas cosas para el momento preciso» (Horacio, *Arte poética*, vv. 43-44).

el relato de mi vida, me atrevo a prometerle que no quedará menos satisfecho de este añadido. En la conducta del caballero Des Grieux verá un ejemplo terrible de la fuerza de las pasiones. He de pintar a un joven ciego, que se niega a ser feliz para precipitarse voluntariamente en los mayores infortunios; que, provisto de todas las cualidades con que se forma el más brillante mérito, prefiere y elige una vida oscura y azarosa a todas las ventajas de la fortuna y de la naturaleza; que prevé sus desgracias, sin hacer nada por evitarlas; que las sufre y lo abruma sin aprovechar los remedios que sin cesar se le ofrecen y en todo momento pueden acabar con ellas; en una palabra, un carácter ambiguo, una mezcla de virtudes y vicios, un contraste perpetuo de buenos sentimientos y malas acciones. Ése es el fondo del cuadro que presento. A las personas de buen juicio no ha de parecerles tarea inútil una obra de esta naturaleza. Además del placer de una grata lectura, pocos sucesos se encontrarán en ella que no puedan servir a la enseñanza de las costumbres; y, en mi opinión, instruir al público deleitándolo es prestarle un considerable servicio.

Resulta imposible reflexionar sobre los preceptos de la moral sin asombrarse al verlos a un tiempo estimados y desatendidos; y uno se pregunta la razón de esa extravagancia del corazón humano, que le hace disfrutar de las ideas de bien y de perfección de las que se aleja en la práctica. Si las personas de cierto orden de espíritu y de cortesía quieren analizar cuál es la materia más habitual de sus conversaciones, o incluso de sus ensoñaciones solitarias, les será fácil observar que casi siempre giran en torno a algunas consideraciones morales. Los momentos más dulces de su vida son aquellos que pasan, solos o en compañía de un amigo, conversando a corazón abierto sobre los encantos de la virtud, las dulzuras de la amistad, los medios de alcanzar la felicidad, las debilidades de la naturaleza que nos alejan de ella y los remedios que pueden curarlas. Horacio y Boileau señalan esa conversación como uno de los más bellos rasgos con que describen la imagen de una vida feliz³. ¿Cómo

³ Horacio en las *Sátiras* (II, VI), y Boileau, que sigue al poeta latino, en su *Epístola VI*, «Al señor de Lamoignon».

ocurre, pues, que caiga uno tan fácilmente de esas altas especulaciones y vuelva a encontrarse tan pronto en el nivel común de los hombres? Mucho me engaño si la razón que voy a aportarle no explica bien esa contradicción entre nuestras ideas y nuestra conducta; y es que, como quiera que todos los preceptos de la moral no son más que principios vagos y generales, resulta muy difícil convertirlos en una aplicación concreta al detalle de las costumbres y las acciones. Un ejemplo puede mostrarlo. Las almas bien nacidas sienten que la dulzura y la humanidad son virtudes estimables, y se sienten inclinadas por naturaleza a practicarlas; pero, en el momento de ponerlas en práctica, a menudo se quedan perplejas. ¿Es realmente ésa la ocasión? ¿Se sabe bien cuál debe ser su medida? ¿No se engaña uno sobre el objeto? Cien dificultades lo detienen. Uno teme ser víctima de un engaño al querer ser bienhechor y liberal; pasar por débil apareciendo demasiado tierno y demasiado sensible; en una palabra, extralimitarse o no cumplir suficientemente unos deberes que se hallan incluidos de una manera demasiado oscura en las nociones generales de humanidad y de ternura. En semejante incertidumbre, sólo la experiencia o el ejemplo pueden determinar razonablemente la inclinación del corazón. Ahora bien, la experiencia no es beneficio que cualquiera puede adquirir a voluntad; depende de las distintas situaciones en que a cada cual le ha colocado la fortuna. Por lo tanto, sólo queda el ejemplo para poder servir de regla a numerosas personas en la práctica de la virtud. Es precisamente a esta clase de lectores a los que obras como ésta pueden ser de grandísima utilidad, al menos cuando las escribe una persona de honor y buen juicio. Cada hecho que en ellas se narra es un grado de luz, una enseñanza que suple a la experiencia; cada aventura, un modelo por el que uno puede formarse; sólo le falta ajustarlo a las circunstancias en que se encuentra. La obra entera es un tratado de moral, agradablemente reducido a ejercicios.

Quizá un lector severo se ofenda al verme tomar de nuevo la pluma, a mi edad⁴, para narrar lances de amor y fortuna;

⁴ En la fecha en que se supone que escribe la novela, hacia 1728-1730, el hombre de calidad tiene unos setenta años.

pero si la reflexión que acabo de hacer es sólida, me justifica; si es falsa, mi error será mi excusa.

Nota⁵: «Rindiéndose a las instancias de los que aprecian esta pequeña obra, su autor se ha decidido a purgarla de un gran número de groseras faltas que se han deslizado en la mayor parte de las ediciones. También se han hecho algunos añadidos que han parecido necesarios para la plenitud de uno de los principales caracteres⁶. La viñeta y las figuras llevan en sí mismas su recomendación y su elogio⁷».

⁵ De la edición de 1753, presumiblemente de mano de Prévost.

⁶ En particular, el episodio del príncipe italiano (págs. 108-113) y los añadidos al personaje de Manon, que permiten apreciar una evolución sentimental de la joven hacia Des Grieux.

⁷ Encabeza el texto una viñeta con la leyenda: *Quanta laboras in charybdi / Digne puer meliore flamma*», versos pertenecientes a las *Odas* de Horacio (I, 27, 19): «Qué tormentos no soportas tú en Caribdis, joven digno de consumirte en mejor llama». «Horacio da y adscribe el nombre de Caribdis a las cortesanas ávidas que, abusando el amor que se les tiene y profesa, agotan las fuerzas, y depuran las bolsas de sus amantes» (*El Gran Diccionario Histórico, o Miscellanea curiosa de la Historia Sagrada y Profana*, de Louis Moréri, traducido por Joseph de Miravel y Casadevante, 1753). Y por «mejor llama» hay que entender, según indica el dedo de Tiberge, apuntando a una cima que es un calvario, el amor sagrado y no el profano.

Primera parte

Me veo obligado a hacer remontarse a mi lector a la época de mi vida en que me encontré por primera vez con el caballero Des Grieux. Ocurrió unos seis meses antes de mi viaje a España⁸. Aunque rara vez saliese de mi soledad, la complacencia que sentía por mi hija me obligaba en ocasiones a diversos viajes cortos, que procuraba abreviar todo lo posible. Regresaba cierto día de Ruán, adonde, a requerimiento suyo, había ido a iniciar un pleito ante el Parlamento de Normandía por la herencia de algunas tierras que yo le había dejado y cuya pretensión venía de mi abuelo materno. Tras haber reanudado mi camino por Évreux, donde dormí la primera noche, al día siguiente llegué a la hora de cenar a Pacy⁹, que dista cinco o

⁸ Retirado del mundo tras la muerte de su esposa Sélina, el marqués de Renoncour se refugia en un convento, del que apenas sale, salvo para pleitear en favor de su hija recién casada; en julio de 1715, a la edad de cincuenta y tres años, acepta convertirse en preceptor de un joven caballero español y parte hacia España, poco antes de la muerte de Luis XIV (1 de septiembre de 1715), en compañía de su alumno Rosemont. Este dato permitiría situar la historia en los últimos años del reinado de Luis XIV, aunque Prévost también la ubique en 1719 o principios de 1720.

⁹ Pacy-sur-Eure, entre Mantes y Louviers, a dieciséis kilómetros al este de Évreux. Prévost conocía bien la zona por haber pasado tiempo en ella durante su época de monje benedictino.

seis leguas de allí. Al entrar en esta población me sorprendió ver a todos sus habitantes en estado de alarma. Salían atropelladamente de sus casas para correr en masa hasta la puerta de una mala hospedería ante la que había dos galeras cubiertas¹⁰. Los caballos, que aún estaban enjaezados y parecían humear de cansancio y de calor, indicaban que aquellos dos carruajes acababan de llegar. Me detuve un momento para informarme de la causa del tumulto; pero saqué poco en limpio de un populacho curioso que no prestaba la menor atención a mis preguntas y que seguía corriendo hacia la hostería en confuso tropel. Finalmente, cuando en la puerta apareció un arquero engalanado con una bandolera y el mosquete al hombro, le hice con la mano seña de que se acercara¹¹. Le rogué que me hiciera saber el motivo de aquel alboroto. No es nada, caballero, me dijo; una docena de chicas de vida alegre que, junto con mis compañeros, llevo hasta el Havre-de-Grâce, donde las haremos embarcar rumbo a América. Algunas son guapas, y, al parecer, eso es lo que excita la curiosidad de estos buenos campesinos. Me habría conformado con esa explicación si no me hubieran llamado la atención las exclamaciones de una vieja que salía de la hostería juntando las manos y clamando que aquello era una barbaridad, algo que movía a horror y compasión. ¿De qué se trata?, le pregunté. ¡Ay, señor, entrad, respondió ella, y ved si este espectáculo no es capaz de partir el corazón! La curiosidad me hizo apearme del caballo, que dejé a mi palafrenero. Entré no sin esfuerzo, atravesando la multitud, y vi, en efecto, algo bastante conmovedor. Entre las doce chicas, que iban encadenadas de seis en seis por la cintura, había una cuyo aspecto y rostro desentonaban tanto de su situación que, en cualquier otra circunstancia, la hubiera tomado por persona de alto rango. Su tristeza y la suciedad de sus ropas la afeaban tan poco que su vista me inspiró respeto

¹⁰ La galera, carreta grande de cuatro ruedas, de uso en España, cubierta por un toldo de lienzo fuerte, se utilizaba para el transporte de personas.

¹¹ Los arqueros encargados del arresto y traslado de los deportados a colonias llevaban, además de mosquete, uniforme con una bandolera adornada con flores de lis, por lo que eran conocidos como *bandoleros*.

y lástima. Sin embargo, trataba de volverse de espaldas cuanto le permitía la cadena para hurtar su rostro a las miradas de los espectadores. El esfuerzo que hacía por ocultarse era tan natural que parecía derivar de un sentimiento de modestia. Como los seis guardias que acompañaban a la desventurada banda también estaban en la habitación, me llevé aparte al jefe y le pedí algunas aclaraciones sobre la suerte de aquella hermosa joven. Sólo pudo darme referencias muy genéricas. La hemos sacado del Hôpital¹², me dijo, por orden del jefe de policía. No parece que haya sido encerrada allí por sus buenas acciones. La he interrogado varias veces por el camino, se obstina en no responderme. Pero, aunque nadie me haya ordenado tratarla mejor que a las otras, no dejo de tener con ella algún miramiento, pues en mi opinión vale algo más que sus compañeras. Ahí tenéis a un joven, añadió el arquero, que podría informaros mejor que yo sobre la causa de su desgracia; la ha seguido desde París sin dejar de llorar casi ni un momento. Por fuerza ha de ser su hermano o su amante. Me volví hacia el rincón de la sala donde aquel joven estaba sentado. Parecía sumido en profunda ensoñación. Jamás vi tan viva imagen del dolor. Vestía con mucha sencillez; pero un hombre bien nacido y educado se distingue a la primera ojeada. Me acerqué a él. Se levantó; y en sus ojos, en su rostro y en todos sus ademanes, descubrí un aire tan delicado y tan noble que me sentí naturalmente inclinado a desearle bien. No quiero molestaros, le dije sentándome a su lado. ¿Queréis satisfacer la curiosidad que tengo de conocer a esa hermosa persona, que no me parece destinada al triste estado en que la veo? Me respondió sinceramente que no podía declararme quién era ella sin antes darse él a conocer, y que tenía poderosas razones para desear seguir siendo desconocido. Puedo deciros, sin embargo, lo que esos miserables no ignoran, continuó señalando a los arqueros, y es que la amo con una pasión tan violenta que me convierte en el más desdichado de los hombres. En París lo intenté todo para conseguir su libertad. Los ruegos, la astucia y la fuerza fueron inútiles; tomé la decisión de seguirla, aunque ella hubiera de

¹² Véase la nota 65, en la pág. 79.

ir al fin del mundo. Me embarcaré con ella; pasaré a América. Pero, con una crueldad extremada, estos cobardes canallas, añadió refiriéndose a los arqueros, no quieren permitirme que me acerque a ella. Mi propósito era atacarlos abiertamente a unas leguas de París. Me había asociado con cuatro hombres que me prometieron su ayuda a cambio de una suma considerable. Los muy traidores me dejaron solo en la estacada y se largaron con mi dinero. La imposibilidad de triunfar por la fuerza me hizo deponer las armas. Propuse a los arqueros que, al menos, me permitieran seguirles, ofreciéndome a recompensarlos. Aceptaron movidos por el afán de lucro. Exigieron que les pagase cada vez que me concedían la libertad de hablar con mi amada. Mi bolsa se agotó en poco tiempo, y, ahora que estoy sin un céntimo, son tan bárbaros que me rechazan brutalmente cuando doy un paso hacia ella. Hace sólo un instante, cuando me atreví a acercarme a pesar de sus amenazas, han tenido la insolencia de levantar contra mí la punta de su fusil. Para satisfacer su avaricia y para estar en condiciones de seguir a pie el camino, me veo obligado a vender aquí un caballo que hasta ahora me ha servido de montura.

Aunque daba la impresión de hacer este relato con bastante tranquilidad, dejó caer algunas lágrimas al concluirlo. La aventura me pareció de las más extraordinarias y conmovedoras. No os exijo, le dije, que me reveléis el secreto de vuestros asuntos, pero, si en algo puedo seros útil, me ofrezco con mucho gusto a favoreceros. ¡Ay!, me replicó, no veo el menor atisbo de esperanza. He de someterme a todo el rigor de mi destino. Iré a América. Allí, al menos, seré libre con la que amo. He escrito a uno de mis amigos, que me mandará alguna ayuda al Havre-de-Grâce. Sólo me veo en apuros para llegar hasta allí y procurar a esa pobre criatura, añadió mirando tristemente a su amada, algún alivio durante el viaje. Bueno, le dije, yo os sacaré del apuro. Aquí tenéis algún dinero que os ruego que aceptéis. Mucho lamento no poder servirlos de otra forma. Le di cuatro luises de oro¹³ sin que los guardias se diesen cuenta,

¹³ Moneda de oro con la efigie de Luis XIII, Luis XIV o Luis XV, de valor variable durante esos reinados, equivalente en 1719 a treinta y cuatro libras tor-

por pensar que, si le sabían dueño de esa suma, le venderían más cara su ayuda. Se me ocurrió incluso hacer un trato con ellos a fin de conseguir para el joven enamorado la libertad de hablar continuamente con su amada hasta El Havre. Hice seña al jefe para que se acercara, y le planteé la propuesta. Pareció darle vergüenza, a pesar de su descaro. No es, caballero, respondió con aire confuso, que nos neguemos a dejarle hablar con esa chica, pero quiere estar constantemente a su lado y eso nos resulta incómodo; es muy justo que pague por la molestia. Veamos pues, le dije, ¿cuánto se necesitaría para que no la sintáis? Tuvo la audacia de pedirme dos luisas. Se los di en el acto. Pero tened cuidado, añadí, y no cometáis ninguna canallada; porque voy a dejar mis señas a este joven para que pueda informarme de todo, y contad con que tendré suficiente poder para castigaros. Todo ello me costó seis luisas de oro. La amabilidad y la viva gratitud con la que el desconocido joven me dio las gracias acabaron de convencerme de que había nacido noble y merecía mi liberalidad. Antes de marcharme le dije unas palabras a su amada. Me respondió con una modestia tan dulce y tan encantadora que no pude por menos de hacer, al irme, mil reflexiones sobre el carácter incomprensible de las mujeres.

Vuelto a mi soledad¹⁴, no volví a saber nada de la continuación de aquella aventura. Pasaron casi dos años, que me la hicieron olvidar por completo, hasta que el azar me deparó la ocasión de enterarme a fondo de todas sus circunstancias. Llegaba yo de Londres a Calais, con el marqués de... alumno mío¹⁵. Nos alojamos, si mal no recuerdo, en el Lion d'Or, donde ciertas razones nos obligaron a pasar todo el día y la noche siguiente. Paseando aquella tarde por las calles, creí ver al mismo joven al que había conocido en Pacy. Iba muy mal vestido, y mucho más pálido de lo que le había visto la primera

nesas, que era la moneda de cuenta. En esa fecha, el valor de compra de una libra equivale, aproximadamente, a cinco euros de 2013.

¹⁴ El marqués de Renoncour vuelve al convento, término sinónimo de soledad a lo largo de la novela.

¹⁵ El marqués de Rosemont, el hombre de calidad, regresa de Inglaterra, en junio-julio de 1716, según se desprende de los libros XI y XII de sus *Mémoires*.

vez. Llevaba al brazo un viejo portamantas, porque acababa de llegar a la ciudad. Sin embargo, como su fisonomía era demasiado bella para pasar inadvertido, le reconocí al instante. Tenemos que abordar a ese joven, dije al marqués. Su alegría fue más viva de lo que puede decirse cuando a su vez me reconoció. ¡Ah!, señor, exclamó besándome la mano, ¡al fin puedo expresaros una vez más mi eterna gratitud! Le pregunté de dónde venía. Me respondió que llegaba, por mar, del Havre-de-Grâce, donde había desembarcado poco antes de regreso de América. No parece que andéis muy bien de dinero, le dije. Id al Lion d'Or, donde estoy alojado. Me reuniré con vos dentro de un momento. Volví, en efecto, muy impaciente por saber los pormenores de su infortunio y las circunstancias de su viaje a América. Le prodigué mil atenciones y ordené que no le faltase de nada. No aguardó a que yo le apremiase para contarme la historia de su vida. Señor, me dijo, os portáis con tal nobleza conmigo que me reprocharía, como negra ingratitud, tener la menor reserva con vos. Quiero contaros no sólo mis desgracias y mis penas, sino también mis desórdenes y mis debilidades más vergonzosas. Estoy seguro de que, incluso condenándome, no podréis por menos de compadecerme.

Debo advertir aquí al lector que escribí su historia casi inmediatamente después de haberla oído, y que, por consiguiente, se puede asegurar que no hay nada más exacto ni más fiel que esta narración. Digo fiel hasta en la relación de las reflexiones y los sentimientos que el joven aventurero expresaba con la mejor gracia del mundo. He aquí pues su relato, al que no añadiré, hasta el final, nada que no sea suyo.

Tenía yo diecisiete años y terminaba mis estudios de filosofía en Amiens¹⁶, adonde mis padres, que pertenecen a una de las mejores familias de P.¹⁷, me habían enviado. Llevaba

¹⁶ Regido por los jesuitas desde 1608, el colegio de Amiens tuvo, durante el siglo XVII, entre 1.500 y 1.900 alumnos.

¹⁷ Aunque son varias las localidades de la región de Amiens propuestas, como Poix, Picquigny y Péronne, en la época se consideraba esta última